

LAS AMISTADES PELIGROSAS

Lupus est homo homini, non homo, quom qualis sit non novit.

Plauto

La noticia se hizo viral. Una grabación de apenas un minuto de duración, registrada con una cámara de videovigilancia en una finca desconocida, mostraba una escena nocturna de un ataque mortal de un lobo a un perro. Inmediatamente empezó a circular por las redes y los medios de comunicación (“El lobo que 'atemoriza' a Europa” fue el titular que encabezaba la crónica del diario *El Mundo*). Varios países la hicieron suya, pero lo cierto es que nadie sabe dónde ocurrió en realidad.

Fernando Navarro Vejo ha tomado como punto de partida esta historia para ofrecer un elocuente ensayo sobre la eterna pugna entre naturaleza y cultura. Su intervención en el Poste Carlos es una imagen doble que unifica los cinco segmentos que componen este dispositivo de información urbana reconvertido en espacio expositivo, para ofrecer una reflexión en torno a las políticas migratorias de la Europa global y la sostenibilidad de las relaciones que hemos creado entre nos/otros.

El anverso muestra la bandera europea con sus doce estrellas doradas equidistantes sobre fondo azul para simbolizar la alianza de los estados del bienestar del viejo continente. La guía gráfica del emblema europeo difundida por el Consejo de Europa la define del siguiente modo: “Esta es la bandera europea. Es el símbolo no solo de la Unión Europea (UE), sino también de la unidad e identidad de Europa en un sentido más amplio. El círculo de estrellas doradas representa la solidaridad y la armonía entre los pueblos de Europa. El número de estrellas no tiene nada que ver con el número de Estados miembros. Hay doce estrellas porque el número doce es tradicionalmente el símbolo de la perfección, lo completo y la unidad”. La Comisión Europea establece asimismo que las estrellas deben estar dispuestas como las agujas de un reloj y orientadas en posición vertical, con la punta superior central hacia arriba. Pantone Reflex Blue para la superficie y Pantone Yellow para los cuerpos celestes. La pretendida identidad común queda así pues perfectamente diseñada, como emblema de un régimen normativo de mercadeo económico donde la homogeneización de necesidades y comportamientos se impone como una máscara sobre una falsa

comunidad, que poco o nada tiene en cuenta algunos derechos básicos de los seres vivos más allá de sus estrategias de poder económico. Fernando Navarro Vejo hace explícita esta inconsistencia mostrándonos un orden que se resquebraja, puesto que las estrellas han perdido definición, derramándose como un líquido hasta quebrantar su forma. Por otro lado, su disposición viola algunas de las referidas normas gráficas del distintivo de la eurozona. La propia estructura de la señalética en cinco bandas incrementa este sentido de fragmentación.

En el reverso nos encontramos frente al rostro de un lobo con su característico pelaje marrón, representado con trazos gruesos y gestuales, que enfatizan su valor expresivo. Pese a ello, el animal nos mira con las cuencas vacías y, por tanto, sin expresión. Desprovisto de su mirada, somos incapaces de establecer un contacto directo. Esta distancia amplifica su diferencia respecto al hombre que, curiosamente, “aprendió a usar la diversidad de las especies como respaldo conceptual de la diferenciación social”, tal como apuntara Lévi-Strauss. Su presencia totémica remite a las culturas primitivas, cuando todavía era un privilegio tenerlo como ancestro. Este valor triunfante, que ponderaba su belleza, fuerza y resistencia, pervivió en la cultura celta, en los signum romanos y en numerosos emblemas de la heráldica posterior. Con todo, el respeto que infundía en las sociedades nómadas, cazadoras y recolectoras, fue desapareciendo con la llegada de la agricultura y la ganadería, momento a partir del cual el lobo pasará de hermano a enemigo, de infundir respeto a sembrar odio y temor. Lo domesticado se acabará imponiendo sobre lo salvaje y lo mecanicista sobre lo natural. Será sobre todo a partir de la Edad Media cuando este cánido depredador pase a encarnar el principio del mal, propagándose su mala reputación a través de una serie de tópicos falsos que originarán todo un repertorio de creencias negativas y supersticiones que intentarán categorizar nuestra psique recurriendo a la simbología animal. El lobo se convertía así en un animal de fábula, divulgado en mitos y leyendas, protagonizando un papel antagonista en la literatura de tradición oral, el refranero popular, los cuentos infantiles y la iconografía de los bestiarios medievales, donde representa a un ser malvado, feroz, cruel y sanguinario; una bestia astuta y pérfida que utiliza toda suerte de artimañas para engañar al inocente. Esta imagen monstruosa, afianzada en los relatos de licantropía propios de la narrativa fantástica y de ciencia ficción, ha acabado eclipsando su verdadera naturaleza, la de un animal sociable, inteligente y leal, que posee una elevada capacidad de organización social y vive en manada, puesto que necesita formar comunidad; una comunidad que hoy se encuentra amenazada por nuestra propia especie.

Infundir temor al otro, estereotiparlo y desacreditarlo a través de la manipulación y las construcciones simbólicas, es una estrategia que ha demostrado su eficacia durante siglos. El otro es el lobo. Esta tensión binaria de nuestras estructuras culturales, dominadas por un principio positivo y uno negativo (yo-otro, aquí-afuera, centro-periferia) ha existido siempre, desde las distintas formas de colonialismo a la segregación que vivimos en la actualidad con los nuevos flujos migratorios. Fernando Navarro Vejo lo ha plasmado de manera inteligente en una composición que enfrenta esta dualidad: el lobo, metáfora de ese otro migrante y potencial amenaza, frente a la comunidad sedentaria y el mercado voraz de una Europa que se niega a permear las diferencias.

Cuando John Berger se pregunta por qué miramos a los animales expone que, salvo la humana, ninguna otra especie reconoce la mirada animal como algo familiar, mientras que el hombre toma conciencia de sí mismo al devolverla. Es por eso que los otros son siempre los observados, pero su marginación ha provocado que la mirada se haya extinguido, como le ocurre al lobo que protagoniza la fábula visual de Fernando Navarro Vejo.

La célebre locución latina "Homo homini lupus" formulada por Thomas Hobbes a partir de la cita de Plauto lo expresa claramente y Navarro Vejo parece retomar su sentido como señal de advertencia: "Lobo es el hombre para el hombre, y no hombre, cuando desconoce quién es el otro".

Marta Mantecón